

Para no ver ni entender

Desde hace tiempo, muchos intérpretes no articulan, tienen una dicción pésima, hablan hacia adentro y mascullan más de la cuenta. |
Columna de Javier Marías



JAVIER MARÍAS

16 ENE 2022 - 05:40 CET

🕒 f X in 🔗 51 🗨

El primer aviso fue hace ya años, cuando, para ver películas españolas en DVD o en la televisión, hube de poner subtítulos porque a menudo no entendía casi nada de lo que los actores decían, y el hecho de que a mi mujer le pasara lo mismo descartaba que se tratara de una mengua auditiva mía. Desde hace una década o dos, muchos intérpretes de nuestro país no articulan, tienen una dicción pésima, hablan hacia adentro y mascullan más de la cuenta. No todos, por favor (no se me solivianta de nuevo el gremio). Esto no sucedía hace 50, 40 o aun 30 años: incluso a los actores mediocres —o con habla muy singular, como [José Isbert](#)— se les entendía sin problemas. Me he preguntado numerosas veces si los directores no se percatan de lo que ocurre o si es que les trae sin cuidado o que dirigen mal a sus actores y actrices. Por si acaso, ahora me impongo los incongruentes subtítulos siempre (soy de Chamberí), y también en las series nacionales.

El segundo aviso fue que empezó a pasarme lo mismo con bastantes cintas extranjeras. No es por presumir, pero llevo toda la vida en contacto con el inglés, del Reino Unido y de los Estados Unidos. He vivido en ambos países y jamás tuve dificultades en ninguno de ellos, fuera con un profesor de Oxford o con un taxista neoyorquino. Admito que en *westerns* con personajes que más que hablar parecen masticar tabaco, sigo a éstos a duras penas, así como a los marineros británicos. Por lo demás, suelo captar el 95% en las obras de los 40, 50 y 60, cuando todo el mundo se

expresaba con claridad suficiente. Incluso cuando se puso de moda el estilo del Actor's Studio, que básicamente consistía en que [Paul Newman](#), [Marlon Brando](#), [Warren Beatty](#) y otros se taparan la boca con los dedos, hicieran muchas pausas y soltaran sus diálogos como si los estuvieran fabricando con titubeos en el momento, incluso entonces los comprendía perfectamente. Ahora me cuesta tremendo esfuerzo con frecuencia. A veces el porqué es manifiesto: la música y los efectos especiales están a un volumen tan alto que no hay quien pille las palabras. Claro que en esta clase de cine las palabras son inexistentes o insignificantes. Se sabe que nadie dirá nada inteligente ni inquietante ni que nos saque del sopor fragoroso, así que a sus creadores no les preocupa el sonido verbal, que además estará ahogado por el ruido de las palomitas y de los sorbidos a los refrescos. No es cine para escuchar, sino para atracarse y aturdirse.

El tercer aviso fue aún más grave. A mi mujer, Carme, le encantan los *westerns*, como a mí, así que me arrastró a ver [Los hermanos Sisters](#), y nos encontramos con que ver, lo que se dice ver, no veíamos casi nada. Al parecer su autor, [el francés Jacques Audiard](#), había decidido ensombrecer la iluminación con el estúpido argumento de que en el Oeste no había electricidad y la oscuridad dominaba en cuanto el sol se ponía. Cierto es, pero Audiard demostraba ignorar la diferencia entre realidad y ficción. Que los personajes vieran poco o nada no significa que el sufrido espectador deba pasar por su experiencia. Nos daban ganas de gritarle en la sala, como dos locos: “¡Esto es una película, Audiard! ¡No nos torture con sus majaderías! Podemos suponer o imaginar que los personajes viven en permanente tiniebla, no nos la inflija como si fuéramos tontos. ¡Queremos ver lo que pasa!” Me temo que quien inició esta costumbre fue [Kubrick](#) con su *Barry Lyndon*, que resultaba pesada, en parte, porque uno acababa harto de la luz de las velas dieciochescas. Después del espanto *Sisters*, me he encontrado con más películas o series en las que no se distingue casi nada. La última, [La sangre helada](#): como la acción transcurre en un ballenero, los creadores decidieron que en su interior la luz era escasísima y obligaron a los espectadores a no ver ni torta, salvo en las escenas de nieve y hielo.

Ahora he leído que la incapacidad articuladora de muchos intérpretes no siempre es casual o defecto de ellos. El afamado director [Christopher Nolan](#) se asegura de que sus diálogos sean a menudo indescifrables. De hecho tiene la ininteligibilidad de sus películas como “enseña” o marca de la casa. El actor [Tom Hardy](#) también la tiene a gala. Y como hoy no hay

imbecilidad que no cuente con entusiastas seguidores, otros se apresuran a imitarlos. Estos cineastas pretenciosos, confundidos y perezosos me recuerdan a los bobos que, en los años 70, hacían que la cámara y el montaje enloquecieran cuando un personaje enloquecía, o que se enturbiaran cuando se emborrachaba o drogaba. A esos daban ganas de gritarles: “¡Dadme a entender que el personaje sufre locura sin volveros vosotros locos! Eso es facilón y muy malo”.

En fin, como estas modas prosperen (más), corremos el riesgo de ir al cine o pagar plataformas para no entender apenas y contemplar una pantalla en negro. Y la verdad, uno no saca su entrada ni se abona a Movistar o a Netflix para aguzar penosamente la vista y el oído (y en la primera, encima, los subtítulos desaparecen). Acabaremos desertando de todo y quedándonos con la realidad del siglo XXI, en la que se oye mejor a las personas, y hay más luz y nitidez que en los siglos XIX o XIV.